

EL RUIDO Y LA FURIA (*The sound and the fury*, Martin Ritt 1959)

Nereida Fernández León
Historiadora del arte

Es casi imposible condensar en un film de 110 minutos la complejidad de los personajes y el ambiente decadente y opresivo descrito en la novela en que se basa. Escrita por William Faulkner, la obra toma su título del final del quinto acto de Macbeth: «...un cuento relatado por un idiota lleno de ruido y furia, sin ningún significado». Una novela difícil de leer, dividida en cuatro partes, cada una contada por un personaje diferente, con una gran fuerza dramática y una prosa exquisita. Una obra fatalista, en la que los personajes caminan hacia un triste final sin que nada de lo que hagan o digan pueda evitarlo. De ella se ha dicho que «refleja la decadencia de una familia sureña, los Compson, compuesta por un hermano suicida (Quentin), una hermana desaparecida (Caddy), un hermano idiota (Benjy) y otro solterón, racista y avaricioso (Jason). Todos hijos de un padre alcohólico y una madre histérica e hipocondríaca».

El film no profundiza en los temas más comprometidos que plantea la novela, como el suicidio, el incesto o el racismo. Quentin, el hermano suicida, no aparece, sólo se le nombra de forma ocasional. Cuando preguntan a la chica por qué tiene un nombre masculino, responde que es el nombre de un hombre que murió por amor, sin explicar que era su tío, su muerte fue un suicidio y el amor, un amor incestuoso por Caddy, su madre. Se suaviza la actitud racista de Jason e incluso se justifica el hecho de que robe a su sobrina.

Pese a todo hay que reconocer a Martin Ritt el mérito de haberse atrevido a abordar este tipo de temas reales en 1959. Tres años antes ya había tratado, aunque tímidamente, el tema del racismo en el film *Donde la ciudad termina*, y un año antes de *El ruido y la furia* rodó *El largo y cálido verano*, tal vez su mejor obra, también sobre el tema de la desintegración de una familia sureña.

Ritt había sido condenado por el llamado Comité de Actividades Antiamericanas en 1952 por supuesta pertenencia al partido comunista. Cuando retoma su carrera busca temas que reflejen los problemas reales de la sociedad americana. Hasta 1956 el código Hays sólo permitía visiones idealizadas acordes con la moral y el «modo de vida americano».

Para juzgar el film hay que tener en cuenta su contexto. Hoy puede parecer retórico y efectista pero en su momento fue un film comprometido. El cine apenas comenzaba a liberarse de la censura, y sólo unos pocos films trataban temas tabúes como las drogas en *El hombre del brazo de oro* de Otto Preminger; el sexo adolescente en *Baby doll* de E. Kazan; la rebeldía juvenil en *Rebelde sin causa* de L. Benecdek o *Al este del edén* de E. Kazan.





Lo que triunfaba eran cómicos como Jerry Lewis o Dean Martin, comedias en las que la belleza femenina era suficiente para conseguir el éxito, *Los caballeros las prefieren rubias* o *Cómo casarse con un millonario*. Uno de los grandes éxitos del año 1959, el primero de una larga saga, sería *Pijama para dos* con Dorys Day y Rock Hudson. En este contexto *El ruido y la furia* resulta, si no una obra maestra, sí una película interesante y novedosa.

La familia Compson, Jason el hermano solterón, su rebelde sobrina Quentin, su hermano Howard, un alcohólico empedernido, Benjy, el hermano disminuido psíquico, su hermana Caddy, que regresa tras abandonar nada más nacer a su hija Quentin, la madre resentida e histérica y la familia de criados son los protagonistas.

La acción se desarrolla en un corto espacio de tiempo y refleja el cúmulo de sentimientos negativos, rencor, odio, desprecio... y amor casi pecaminoso que sienten los miembros de la familia.

Hay pocos exteriores, salvo momentos puntuales como el desfile o el paseo de Benjy en calesa por la feria que despierta la curiosidad malsana de la gente y la furia de su hermano Jason, es una vergüenza para la familia y hay que mantenerlo oculto. La falta de exteriores hace difícil captar la atmósfera opresiva del pueblo sureño, decadente y anclado en el pasado. Hay una escena que refleja la opulencia perdida, en ella Quentin admira en una tienda joyas valiosas mientras el dueño le va explicando a quién perteneció cada una, «una bonita colección de corazones rotos», sentencia la chica.

Tampoco se detiene demasiado en mostrar la decadencia de la casa Compson. Dónde más se aprecia ésta es en el jardín, descuidado y lleno de yerbajos. Caddy, al regresar, recuerda que cuando vivía su padre, el reloj se paraba al llegar las visitas y sus fiestas eran interminables y espléndidas.

La película comienza con un lento travelling que acerca la cámara a la casa de los criados. Dilsey, la matriarca, despierta sobresaltada, siente que hay problemas en la casa grande y tiene que resolverlos. Ése será su rol en todo el film, proteger a los miembros de la familia los unos de los otros, especialmente a Quentin y Benjy. Es una mujer realista y fuerte que vive el presente y mira al futuro, no al pasado como los demás. En la casa grande, Quentin, la hija que Caddy abandonó, no ha dormido en su cama; el tío Howard se ha quedado dormido en un sillón completamente borracho; la madre grita desde su habitación reclamando atención; el hijo idiota duerme acompañado por el niño negro; Dilsey trata de que Jason no descubra la ausencia de Quentin y éste, que lo descubre, está furioso.

A este caótico lugar regresa Quentin, que ha pasado la noche viajando en autobús, se le ve de espaldas caminar hacia la casa, desgranando sus quejas: «nadie me quiere, todos me odian desde que mi madre me abandonó», «huyo sobre todo de Jason, mi enemigo»... al tiempo que expresa repetidamente un deseo, que es más bien un ruego: «este verano tiene que pasar algo que me saque de esto». Al llegar a la casa Jason y Quentin se enfrentan, él frío y autoritario, ella rebelde y desafiante, con Dilsey en medio defendiendo a la chica. Su relación será tensa en toda la película, con constantes discusiones y cruce de reproches. Pero algo en la actitud y sobre todo en la mirada, esa mirada tan expresiva de Yul Brinner, de Jason, nos hace adivinar cierta tensión sentimental, cierta atracción sexual, no es sólo el tío solterón amargado y reprimido, que vigila a la sobrina, hay algo más. Por supuesto sería impensable que se diera una relación entre tío y sobrina, así que pronto se explica que no lo son, ya que Jason no es realmente un Compson. En un momento del film la madre, histérica, le asegura que la familia no los quiere y el responde: «no les gustó que el amo se fuera por ahí y volviera con una francesa y su hijo».

Jason no es el personaje avaricioso y sin escrúpulos de la novela, su motivación no es sólo el dinero sino el futuro de su sobrina. Roba el dinero que le envía su madre y trabaja en el antiguo negocio familiar con un jefe mezquino y vengativo que lo humilla y le recuerda que su padrastro, antes todopoderoso, murió arruinado y él es ahora el que lo emplea por su apellido. Jason se muestra sumiso: «lo siento señor, no volveré a llegar tarde». Sólo cuando le pregunta por sus relaciones sentimentales, le contesta seco y tajante: «siga pensando», y le da la espalda. Le aguanta para mantener a la familia y sobre todo por Quentin «no quiero que seas una Compson indigente», pero no está dispuesto a compartir con él sus sentimientos.

Quentin es un personaje infeliz. Fruto de una aventura de su madre, que avergonzó a la familia y abandonada por ésta, su abuela la odia: «éramos una familia respetada y tu madre nos hundió», en permanente conflicto con Jason; ignorada por su tío Howard; hasta Benjy parece tenerle animadversión, según Dilsey la hace responsable de la marcha de Caddy a la que adoraba. Se ahoga en ese ambiente y se rebela sólo para reclamar atención, cuando se escapa de casa simplemente va en autobús de un lado a otro durante toda la noche.

Cuando su madre, Caddy, regresa de pronto pidiendo ver a su hija, Jason la recibe fríamente reprochándole el pasado: «no miraste atrás, no viste su dolor». Cuando Caddy le ofrece mil dólares, que no tiene pero conseguirá, sí le permite ver a Quentin, le contesta mordaz: «sí, los conseguirás como la conseguiste a ella». Caddy



no representa ya un peligro para Jason, es una mujer acabada que busca refugio. Le permite quedarse, no por afecto, sino porque Quentin se lo pidió llorando.

El regreso de la madre es para Quentin la posibilidad de ser libre: «tienes que defenderte de Jason»... «le tengo miedo»... «siento algo raro por él». La madre no está dispuesta a arriesgar su seguridad y sólo le promete ayuda para pescar un buen marido, la solución más segura. Desilusionada, decide huir con un feriante que conoció frente a una caseta con un rótulo muy sugerente «Fun House». Él ha ido a buscarla a la casa, Jason los descubre y cuando ella le dice «me hace sentirme una mujer», la besa, pero incapaz de expresar sus sentimientos le dice «cualquiera puede hacerte sentir mujer, te encerraré, te vigilaré, no acabarás como tu madre». Siempre presente la vergüenza de su nacimiento ilegítimo y la represión sexual.

El desenlace se inicia con una escena en la que Benjy, presintiendo que tiene intención de huir como su madre, intenta estrangularla. Jason decide internarlo, la única que parece sentirlo es Dilsey. En su marcha se plasma nuevamente el ambiente familiar, sólo Quentin y los criados se acercan. La madre, que reniega de él, «es un castigo, salió a los Compson, no tiene nada mío», no sale a despedirlo. La única muestra de afecto la recibe de su cuidador, que lo toma de la mano.

Quentin aprovecha que Jason ha ido a internar a Benjy, le roba el dinero y se va a buscar al feriante. Éste se había presentado a sí mismo como alguien que come si tiene hambre, bebe si tiene sed... es decir, que obedece a instintos primarios. Cuando Jason descubre la huida, sale furioso en su busca mientras Dilsey le advierte: «ten cuidado o perderás algo más que dinero», ella conoce sus sentimientos.

No es posible un final dramático como en la novela, en la que éste la persigue sólo por el dinero, no la encuentra y regresa solo a casa. En el film obliga al feriante a elegir entre el dinero y la chica, y éste elige el dinero. Ella no parece demasiado afectada, mira a Jason de otra manera y le explica que sólo buscaba afecto, que no volverá a escaparse pero seguirá buscando y él, a su modo, le expresa sus sentimientos recordándole que cuando todos la escondieron avergonzados él la educó y la enseñó a enfrentarse al mundo, incluso a él mismo.

En la escena final ella le da la espalda y se dirige a la casa, pero sonrío dulcemente mientras dice que no han terminado, que aunque él no lo sepa acaban de empezar y el duro Jason, por primera vez relajado y sonriente, fuma apoyado en un árbol.

La actuación de Brinner es buena, se añora su imagen icónica. El pelo parece restar magnetismo y misterio a su mirada, lo más expresivo de su casi siempre impenetrable rostro.

Joanne Woodward, si bien no es su mejor papel, ya que le van más personajes de mayor complejidad, es una buena actriz aunque sin llegar a gran estrella. Pero estuvo casada cincuenta años con Paul Newman, ¡no se puede tener todo en este mundo!

La actriz francesa Françoise Rosay en el papel de madre resulta demasiado histriónica, tanto en vestuario, esas largas batas, la gran melena blanca, como en los gestos, el doblaje tampoco la favorece y esa voz impostada resulta casi desagradable.

Margaret Leighton en el papel de Caddy, está creíble y también es buena la actuación de Ethel Watters en su papel de matriarca negra.



A Fernando, mi admirado profesor, el hombre que transformaba para mí una fría aula universitaria en un espacio mágico por el que desfilaban Giotto, Rafael o Leonardo. El que, en la Academia de Florencia, me pidió que cerrara los ojos y me llevó de la mano hasta una de mis obras de arte favoritas, los esclavos de Miguel Ángel, una experiencia que jamás olvidaré. Con todo mi afecto y agradecimiento.

